

Demonio

El demonio era un ángel pero yo no quiero que me castiguen pues no estoy preparada para morir aún. Todos son iguales; ven lo que les conviene. Entiendo que tengan miedo; nadie se quiere ir de aquí, pero no te engañes, es evidente, o por lo menos digo yo, algún día me reencarnaré y los más necesitados burlarán las puertas del infierno. Acuérdate de lo que te digo, de lo que publico, de lo que se edita, porque la vida de una diva viva da la vida al que mama y más ama al buen vividor de vino.

Costea los cuartos de un corsé que ningún otro con sentido común podrá pagar; que los discólos que rodean la plaza beberán alpiste en copitas de coñac francés y un cava seco en cubatas de *champagne* catalán. Barcelonés, me extraña pero me enamoré de un idea que no podía alcanzar, desesperada por no enredarme con los cordones de alguien a quien no quería atar. Mis zapatos mojados por una lluvia entre fina bruma de finales de verano y principios de un otoño más destartado que el balcón al que me asomé a rezar. Perdí toda voz, toda esperanza, todo sofoco y ganas de hablar. El sólo hecho de compartir mis ideas con un loco me aterraba, más era por desgracia el único loco en quien podía confiar.

Vuela alto y no desesperes. No te corté las alas aunque quizás debiera haberlo hecho. Porque dicen que si es tuyo algún día volverá atrás, pero el problema viene cuando nunca te perteneció. Juegos perversos de experimentados malabaristas en pista de nadie con bolas de otros. No quise meterme en esto y cuando di cuenta ya estaba agarrada por el pescuezo, en una ciudad que me sedujo por el cotidiano pensamiento de un amor tonto, que nunca era capaz de triunfar. Pero me metí por probar; tenía que intentarlo, o eso me adularon a comprender.

Lo creí sin entenderlo pero siempre tuve debilidad por el juego, qué se le va a hacer. Ni Kant ni Maná, ni el mismísimo Buda podrían haber salvado mi alma de haberla encontrado en aquel barco chanquete de experimentados pescadores viejos, tostados por el sol en amaneceres de saladas marismas. Aguas turbia en un mar más grande que la inmensidad de los ojos con los que me engatusaste. ¿Por qué no habría hecho caso a quienes me insistieron que desistiera en el intento de amar? Jugaron con mis baquetas de madera sin que yo me pudiera objetar; la policía vigilaba mis pasos como si se tratara de las acciones de buitre carroñero. No era a mí a quien tenían que controlar; el pícaro americano ya se había dado a la fuga, amparado por un sistema corrupto de no sé qué legendario azar. Piratas en navíos de vela que surcaban agua en territorio somalí. Blancas barcas de serenos oleajes que desplegaron un encanto de la más digna sirena en una Iliada programada para desintegrarse nada más pusieran pies descalzos en la primera tierra firme.

Rocosos golfos y acantiladas salidas se juntaban en las tabernas más oscuras las soñolientas noches de desembarco. Ya no recuerdo si fuiste tú el que me sedujo o si yo fui la que se dejó capturar por unas redes finamente hiladas que nadie habría podido anticipar. Lo que sé es que llegué a tierra firme y él ya había echado a andar, mirando atrás para observar el recorrido de la mirada de una policía que no sabía para dónde tirar. Lo tenían todo inventado, insulsos patrones de la mar. Para cuando quisierais arrestarlo yo ya habría vuelto a amar.

Amarga esfera, oda a un tiempo que corre, a una juventud que vuela, a un mar más bravo que cualquier sistema, a unos tatuajes que cautivaron en grandes medidas a profundos ojos de soledad. Enciérrame en tu calabozo, que jamás conseguirás echarme a volar.

